CAPÍTULO V

DONDE LA VICTORIA SE INCLINA DEL LADO DE LA BONDAD.

En el hermoso jardín, cerca del terraplén que había sido testigo de sus primeras palabras, Herminia y Mauricio se paseaban, bajo la bóveda de árboles, mientras la señorita Guichard recibía á los invitados. El señor Tournemine, muy felicitado por el precioso discurso que había pronunciado el día anterior en la alcaldía, acababa de llevar á su mujer, y faltaban los Chevalier, primos de Clementina por parte de madre, los Bobart y los Truchelet, cuyo jefe, Eduardo Truchelet, miembro del Instituto, es el gran profeta de las variaciones atmósfericas.

Cuando Truchelet publica en los periódicos y revistas científicas que el mes de junio será lluvioso y el de diciembre glacial, no hay cuidado; habrá una sequía excepcional y el invierno será benigno. Nunca se ha hecho justicia á la memoria

de sabio de Truchelet, y sin embargo, en teoría, sus pronósticos son indiscutibles.

Bobart padre, antiguo abogado, acababa de hacer entrar al miembro del Instituto en su terreno favorito, preguntándole qué influencia ejercía el viento norte sobre el cultivo de los albaricoques en el centro de Francia, y Truchelet, apoyado en la chimenea, se disponía á probar que el descenso más ó menos rápido de la temperatura polar, produciendo mayor ó menor calor en las corrientes submarinas, era causa de las buenas ó malas cosechas en el país más templado de Europa, cuando la señorita Guichard llamó á Bobart con un ademán y le hizo acercarse á ella.

Encontrándose libre, por primera vez desde por la mañana, quería interrogar á su factótum.

— ¿Cómo va la construcción de la tienda para el baile de esta noche?

— El patio está ya cubierto... Los obreros del señor Belloir no tienen que hacer más que clavar una tela en el suelo y arreglar las sillas... Se entrará por el jardín y por las ventanas del piso bajo... Está muy hábilmente dispuesto.

— ¿Cuántas personas podrán estar sentadas?

— Por lo menos, doscientas.

— Perfectamente. La música del pueblo, ¿será exacta?

— Á los postres, es decir, á eso de las nueve, empezará á tocar.

— Seremos treinta y dos á la mesa. ¿Habrá espacio para todos?

El jefe de cocina asegura que cabrían cincuenta.

— Entonces, todo está bien.

— Tú triunfas; pero has jugado una partida muy arriesgada. Si ese joven no hubiera sido tan fácil de conducir, hubieras podido sufrir alguna avería... Mientras que otro...

— Tu hijo, ¿no es verdad?

— Sí, mi hijo; respondió Bobart con aire contristado.

— No agradaba á Herminia...

— Si le hubieras dejado hacerle la corte...

— ¡Él se la ha hecho, sin pedirme permiso!

— ¿Mi hijo? exclamó estupefacto el antiguo abogado.

— Sí, tu hijo, el oficial de húsares en persona. Y de tal modo, que se ha permitido escribir á mi sobrina una esquelita, que Herminia me entregó, naturalmente, sin abrir... Está escrita con un buen estilo la tal esquela... Podrás leerla, si quieres...

— ¡Cómo! ¿Se ha atrevido?...

— Se ha atrevido. Y yo, sin decirte nada, para no disgustarte, mi pobre primo, me atreví por mi parte á decirle que si no cambiaba de proceder, le pondría en la puerta con todos los honores debidos á sus galones...

— Puedes creer, respetable prima mía, que yo ignoraba...

— Hubo un momento en que pensé que eras tú el que habías impulsado á ese badulaque, pero la torpeza de su conducta me probó claramente que obraba por su propia iniciativa. Yo no os quiero mal, Bobart. Bien sabes que os profeso una antigua afección... En resumen, la adopción de Herminia ha destruído las esperanzas que tu hijo podía abrigar respecto de mi herencia, y hace mucho tiempo que he resuelto reparar este perjuicio que os causaba. En mi testamento he asegurado doscientos mil francos á tu oficial de húsares... Esto le consolará...

Bobart, abrumado por esta liberalidad inesperada, se deshizo en protestas; pero Clementina, con la autoridad de una soberana sobre su vasallo, cortó aquellas expansiones entrando en un orden de ideas que le parecía más interesante:

— ¿Y hay noticias de Roussel esta mañana?

— Partió ayer, como te dije, por el ferrocarril del Havre... Se ha ido á digerir su fastidio en la orilla del mar... Se ha dado el golpe mortal...

— Le permito vivir, declaró magnánimamente

la señorita Guichard, á condición de que, en adelante, permanezca en su puesto...

— ¿Y qué remedio tiene? Has cortado las garras á ese león y ya está domado...

— Han sido necesarios veinte años de lucha para llegar á ese resultado... Pero no me arrepiento de mis esfuerzos.

¡Veinte años de lucha! Clementina llamaba lucha á la persecución que había hecho sufrir al buen Fortunato y contra la cual ni una sola vez se había éste rebelado. Una lucha á aquella serie no interrumpida de vejaciones y de infamias, sufridas por su enemigo con la paciencia inalterable de un hombre que se da cuenta del peligro de que ha escapado y que se dice : « Habiendo evitado tal desdicha, puedo soportarlo todo con resignación. » ¡Al fin, la señorita Guichard le permitía vivir!

Y él estaba decidido á usar de ese permiso, porque apenas las últimas palabras de la tía de Herminia se habían confundido con el hueco rumor de las disertaciones de Truchelet, cuando entró un criado, se aproximó á la dueña de la casa, é inclinándose respetuosamente, murmuró esta frase :

— El señor Fortunato Roussel pregunta si la señorita tendrá á bien recibirle.

Un rayo cayendo sobre la casa; las palabras proféticas del festín de Baltasar apareciendo en la pared en letras de fuego; el nivel del Sena cambiando de repente y haciendo que el río se precipitase sobre el jardín; el Presidente de la República apareciendo de pronto escoltado por su cuarto militar para bailar en la boda de Herminia; ningún cataclismo, ninguna manifestación divina, ninguna inverosimilitud social, hubieran causado á Clementina un estupor semejante al que sintió.

Sus ojos se abrieron inmensos; una llama subió á su frente; después se puso pálida como una muerta y sus manos se abrieron y se cerraron en el vacío. Quiso hablar y no pudo más que producir un ruido que lo mismo expresaba alegría que terror.

Ya Bobart extendía el brazo para sostener á su respetable amiga, cuando por un supremo esfuerzo de la voluntad, Clementina recobró su aplomo, dominó á su cerebro y tomando una decisión, dijo :

— Hágale usted entrar en el saloncillo.

Y como Bobart, con la boca abierta, parecía pedir una explicación, le dirigió una mirada fulminante y le dijo :

— ¡Conque estaba en el Havre!

— Pero, mi bella prima...

En los momentos críticos, Bobart tenía la costumbre de desarmar á Clementina llamándola « bella prima. » La lisonja hizo su efecto. Una sonrisa altanera crispó los labios de la señorita Guichard; lanzó un vigoroso suspiro que la libró de su opresión y dijo, mirando con altanería á su primo aterrado :

— ¿Crees que le temo? Ahora vamos á vernos los dos.

— Viene, sin duda, á pedir gracia, insinuó Bobart.

Este pensamiento conmovió á Clementina. Hasta entonces no había imaginado más que un Roussel amenazador y terrible, avanzando armado de derechos iguales á los suyos y reclamando su parte de afecciones, de dicha y de esperanza, y en un momento se figuró un Roussel aniquilado, vencido, aproximándose tímido, suplicante y dispuesto á consentir que se pusiera sobre su cabeza un pie victorioso. Se estremeció de alegría y haciendo un ademán de soberbia, contestó :

— ¡Es probable! Viene á capitular... Bueno, ¡vamos á ver!... Sustitúyeme con mis convidados y que nadie sospeche lo que aquí sucede.

— Vete tranquila.

Abrió la puerta y alta la frente, firme la mirada,

entró en la habitación donde esperaba Fortunato.

Éste estaba de pie cerca de la ventana y miraba á Herminia y á Mauricio, que paseaban por el jardín. Ignoraban su llegada y, entregados por completo á la dicha de verse juntos, marchaban con ese andar perezoso é igual, propio de las parejas enamoradas. En verdad que el paso que Fortunato daba en este momento era para él muy penoso, pero todo lo daba por bien empleado al ver á los jóvenes tan plenamente dichosos.

La puerta, al abrirse, le hizo volver la cabeza. Clementina, majestuosa y soberbia estaba delante de él.

Ambos se examinaron en silencio durante unos instantes. Ella le encontró bien con su cabello blanco y rizado que servía de apropiado marco á una cara llena y sonrosada. Tenía, como siempre, hermosa presencia y su elegancia era propia de su edad. Con una amargura que no pudo vencer, Clementina pensó : « No tiene trazas de haber sufrido mucho. »

Roussel la saludó con sonriente cortesía y ella hizo una ligera y seca inclinación de cabeza.

— He aquí, dijo, una visita que yo no esperaba y que más que sorprenderme...

— La vida no es más que una serie de sorpresas, mi querida prima, respondió Fortunato en

tono amable; y seré feliz si ésta que te proporciono te parece agradable.

— ¿Te burlas?

— La ocasión no me parece bien escogida para eso.

— ¡Oh! tu tacto y tu delicadeza me inspiran muy poca confianza.

— Enhorabuena, dijo Roussel riendo; veo que no has cambiado... en lo que se refiere al carácter, al menos.

— ¿Te atreverás á dirigirme impertinencias en mi propia casa?

— ¡No lo quiera Dios! mi querida prima. Eres siempre la misma en lo moral, pero no en lo físico... Has ganado mucho.

— Hazme gracia de tus piropos, dijo Clementina en tono más dulce, y ten la bondad de decirme el objeto de tu visita.

Pues qué, ¿no es bastante visible? ¿Hacen falta explicaciones? Nuestros hijos se han casado esta mañana, ¿no es este mi sitio en día semejante? Sé las consideraciones que se te deben. Eres la madre de la desposada; yo he servido de padre al novio; la boda se hace en tu casa... y he venido.

— Jamás ha existido lazo alguno de parentesco entre ese joven y tú... y después de la indignidad

de tu conducta respecto de él, no tiene ningún motivo de reconocimiento. Por consiguiente tu presencia no está justificada y nos veremos en la precisión de evitarla.

Roussel no se movió.

— Es verdad, dijo, que en el primer momento, cuando supe por Mauricio que se quería casar con tu sobrina, experimenté un vivo descontento contra él y le obligué á abandonar mi casa. Pero, después he reflexionado: la soledad es buena consejera. He pensado que, después de todo, ese muchacho tenía el derecho de amar á quien quisiera y me he resignado con tu sobrina. Mis informes han sido muy favorables á Herminia, debo confesarlo; he cambiado de modo de pensar y me he arrepentido de mi conducta con Mauricio. Apruebo su matrimonio, le reintegro en su situación de heredero, le devuelvo mi cariño y me preparo á rivalizar contigo en ternura para la joven pareja.

— ¡Dios mío! exclamó Clementina levantando los brazos con estupor; ¿qué es lo que oigo?

— Lo que oyes, querida prima, es el lenguaje de la sana razón. Acaso habías perdido la costumbre de oírle en los veinte años que hace que no nos vemos, pero nunca es tarde para ceder á los buenos consejos. Ya ves con qué confianza he